

El daño y la hipermoralización

Daniel Loewe

Facultad de Artes Liberales,
 Universidad Adolfo Ibáñez



La indignación moral caracteriza la política (y crecientemente la vida social) contemporánea. El termino es “polarización afectiva”. Los otros, los que piensan y viven diferente, son, además, malas personas. Este desarrollo hace difícil la administración y resolución de conflictos. A nivel local es conocida la autoproclamada superioridad moral de la izquierda frenteamplista que, focalizándose en los dominados y oprimidos, pretendía cambiarlo todo abrazando políticas particularistas identitarias, wokistas según la terminología de moda (cuya expresión fue una Constitución masivamente rechazada).

¿A qué se remonta este desarrollo?

Una de sus causas refiere a la apreciación del daño. Una característica del daño es que tiene (como ya había intuido Tocqueville con su paradoja: mientras más igualdad, más intolerable resultan las desigualdades) una extensión conceptual variable.

Debido a nuestra historia evolutiva de presas en peligro, estamos siempre buscando amenazas. Y cuando estamos moti-

vados a buscar algo, y su prevalencia disminuye, ampliamos el concepto de lo buscado hasta encontrarlo: si ya no estamos sujetos a daños graves como inanición o muerte violenta, ampliamos el concepto incluyendo daños comparativamente menores. Así, aunque haya menos daños graves, nos podemos sentir incluso más amenazados. No es casual que la tasa de estrés post-traumático en Canadá sea seis veces mayor que en México. Y con la ampliación conceptual, se multiplica la maldad en el mundo: los que amenazan con dañarnos (a nosotros, los nuestros, a la comunidad) son malvados y merecen nuestra indignación moral.

Esta tendencia general afecta especialmente a personas con sensibilidad de izquierda. La élite frenteamplista proviene de clases privilegiadas (qué mejor ilustración que el Presidente: no terminar los estudios disponiendo de todos los medios para hacerlo es un lujo de privilegiados) ajenas a las amenazas cotidianas y existenciales del común de la población.

“(La) hipersensibilización tiende a considerar como daños políticamente relevantes los de la incorrección política, las microagresiones, la falta de reconocimiento de la identidad, las miradas inoportunas”.

En su hipersensibilización (tal como algunos profesores universitarios) tiende a considerar como daños políticamente relevantes los de la incorrección política, las microagresiones, la falta de reconocimiento de la identidad, las miradas inoportunas, o los ataques a la muy elaborada autoestima de las agendas woke.

Así, ve malvados por doquier, y los malhechores despiertan su indignación moral.

Por cierto, la hiperinflación de daños y sus peligros (especulares) están también en el otro extremo político. Se expresan en la condena a modos de vida no tradicionales como dañinos y amenazantes. La obsesión con la “ideología de género” o la relación (inconcebible para un libertario de tomo y lomo) que creativamente estipuló el presidente Milei entre homosexualidad y pedofilia son ejemplos de aquello. Desde ambos extremos, la maldad y la consiguiente hipermoralización explotan en el mundo, tornando difícil la administración de conflictos.